

# GÓTICO URBANO

NUEVAS HISTORIAS DE FICCIÓN URBANA  
ESCRITAS POR MUJERES

Layla Martínez - Constanza Ternicier - Giovanna Rivero  
Solange Rodríguez Pappe - Alicia Mares - Alba G. Mora  
Judit del Río - Flor Canosa - Lola Ancira - Branca Trigo





## ÍNDICE

Prólogo de la editorial	9
Una cantidad de <i>scroll</i> absolutamente desproporcionada, Layla Martínez	11
Círculo Alado, Alba G. Mora	23
Supay, Solange Rodríguez Pappé	33
Agujero glorioso, Flor Canosa	49
¿Caballos vivos o muertos?, Judit del Río	63
Las furias, Alicia Mares	87
Mudar de infierno, Lola Ancira	107
No cuelgues, Branca Trigo	117
La conversión del agua en sangre, Constanza Ternicier	127
Placenta, Giovanna Rivero	149



## PRÓLOGO DE LA EDITORIAL

Durante siglos, en la historia de la literatura, lo inquietante quedó adscrito al ámbito de lo rural: como sabemos, la oscuridad de los bosques ha engendrado todo tipo de monstruos y de estremecimientos. Era en la espesura donde moraba aquello que estaba fuera del control de los seres humanos, más allá de su lógica, de su poder o de los límites que dibujaban sus mapas. «*Hic sunt dracones*», diría la inscripción latina que se popularizó a raíz de señalar con dragones y bestias mitológicas las tierras todavía inexploradas en los mapamundis antiguos. El aislamiento de los pueblos y la soledad que acompañaba a sus gentes, aquella distancia respecto a la civilización —que se ha ido acortando a medida que hemos trazado los contornos de nuestro mundo, pero que paradójicamente nos ha llevado a una mayor desconexión—, dio lugar a una fuente inagotable de leyendas y de mitos, que funcionaban como una explicación de lo desconocido, pero también como una suerte de ritual comunitario que los unía y los protegía de los peligros de afuera.

Poco a poco, el aura de tranquilidad y seguridad que acompañaba a la idea de civilización fue formándose en oposición a la perturbadora imagen de lo salvaje; imagen que, aun así, las personas que habitaban en las ciudades —ya fuera entre murellas de madera o de hormigón, o bajo las luces sempiternas de las urbes— no pudimos dejar de invocar, en sueños o bajo el secreto deseo de la vuelta a un mundo en el que aquello que no nos deja dormir fuera de un orden superior a lo humano, porque así la indefensión y la desesperación ante la imposibilidad de huida tendrían un rival que, para nuestra tranquilidad, no fuera un horror intangible, el producto incorpóreo de nuestras miserias.

Este deseo de volver a lo salvaje es el reflejo del desplazamiento que se ha producido en nuestras ansiedades y terrores. Casi sin darnos cuenta, lo inquietante se ha asentado en el interior de las

grandes ciudades. Las quimeras y engendros que se escondían en parajes inhóspitos y los aullidos nocturnos que helaban la sangre han dado paso a toda una serie de nuevos terrores que reptan a la sombra de gigantescos edificios repletos de personas que trabajan en cubículos minúsculos, devoran comida pedida a domicilio o ven la televisión en la comodidad de sus sofás. Y el hallazgo de esos horrores pone en evidencia que el artificio del bienestar en el que se asentaba nuestra civilización no era más que eso: un engaño, una artimaña con la que mantenernos callados e inmóviles, una nueva forma de esclavitud, miseria y desigualdad bajo el terror de unos amos más humanos, más parecidos a nosotros.

Así pues, lo inquietante ya no es lo que está más allá de nuestro mundo —un afuera que deseamos secretamente—, sino aquello que no vemos a fuerza de mirar siempre hacia otro lado, de dejarnos capturar la mirada por el cartel publicitario, el escaparate o la pantalla de nuestros móviles. Esta antología nos sitúa frente al reflejo torcido de un mundo construido en hormigón, un retablo de las ansiedades de los habitantes de la metrópolis: alienación, pobreza, marginación, violencias que ocultamos porque la ciudad nos enseña, sobre todo, a callar y a seguir con nuestras rutinas maquinales día tras día, pase lo que pase.

En estos relatos hay historias sobre desesperación, futuros truncados y crisis de vivienda —tema en el que han coincidido varias autoras y que muestra cuán presente se haya entre nuestros temores modernos—; pero también inmigración, turismo predatorio y colonialismo; pandemias, violencia contra las mujeres, las consecuencias del cambio climático y la explotación laboral. Un infierno hecho de otros, que no son nunca solo otros, sino lo que este mundo ha hecho de ellos. La ciudad es el verdadero monstruo que hemos creado en el intento de protegernos de esos otros monstruos que imaginamos a la intemperie, en las noches de tormenta. O puede que, en el fondo, todos habitemos nuestros propios monstruos. Al final, el terror no tiene forma, se adapta a todos los espacios que habitamos y habitaremos en adelante. Veamos qué forma han cobrado aquí.

UNA CANTIDAD DE *SCROLL* ABSOLUTAMENTE  
DESPROPORCIONADA

Layla Martínez

Cuando llega al portal y aprieta el botón del portero automático, Clara se da cuenta de que está harta. La sensación le viene de repente; pero, una vez que empieza a pensar en ello, ya no puede parar: el cerebro se le pone a hacer un *scroll* desquiciado por todo lo que ha pasado ese día, como el idiota ese que fingió no haber visto hasta entonces una mancha enorme de humedad justo detrás del cabecero, Clara pensó que si respiraba eso el tiempo suficiente quizás mutaría ella misma en una especie de hongo infeccioso como en una película de Cronenberg o como en esa película en la que sale Natalie Portman, no se acuerda de cómo se llama pero el personaje de Portman es el único que sobrevive, todo el mundo muere y los hongos se apoderan de sus cuerpos, todo era precioso en esa película menos la historia del marido, que no le importó lo más mínimo, mientras la veía le daban ganas de que se muriese cuanto antes, era un personaje realmente imbécil, justo dijo *Cronenberg* cuando le preguntaron por su director favorito en el siguiente piso que visitó, donde había que pasar una especie de castin para ser admitida por el resto de inquilinos, Cronenberg no es su director favorito, ni siquiera sabe si tiene un director favorito, pero es el primero que se le vino a la cabeza en aquel momento porque estaba pensando en convertirse en un hongo infeccioso y porque se acordó de *Crash*, que probablemente sí es una de sus películas favoritas porque le gustan las películas en las que la gente tiene *kinks* rarísimos, también le había gustado esa en que la protagonista folla con un coche, *Titane*, tendría que haber dicho que la directora de *Titane* era su favorita pero no se acordó del nombre en ese momento, se acordó cuando ya estaba bajando las escaleras del portal, y para entonces estaba claro que no iba a ser la seleccionada porque to-

dos pusieron una cara rarísima cuando dijo Cronenberg, joder ni que hubiera dicho Polanski, que ella supiese Cronenberg no había ido por ahí violando niñas con la excusa de que Charles Manson había asesinado a su mujer embarazada, bueno no el propio Manson, que se había quedado sentado tranquilamente en el porche, sino esas tres chicas que sonreían mucho en el juicio y parecían sacadas de un grupo folk si no tenías en cuenta la cruz invertida de la frente, en cualquier caso qué clase de excusa era esa, joder, era asqueroso que hubiese utilizado a su mujer muerta para eso, estaba ya saliendo del portal cuando pensó que no, que tampoco tendría que haber dicho Julia Ducornau, porque a la gente no le suelen gustar los *kinks* rarísimos y evidentemente a Ducornau sí, ahí estaba esa otra peli suya, la anterior, que iba de canibalismo y, entonces, cuando estaba ya en la calle, recibió un *wasap* en el que le decían que no había sido seleccionada, joder, había sido rápido, no habían tardado ni cinco minutos en descartarla, estaba claro que no querían vivir de ninguna manera con ella, tendría que haber dicho Sofia Coppola.

Le abren la puerta del portal sin preguntar quién es por el telefonillo, y a Clara eso le da mal rollo, no tendría que haber ido porque en el anuncio ni siquiera había fotos y además la habitación era muy barata, casi la mitad que cualquier otra, así que a todas luces aquello era raro, de hecho parecía el inicio de un *true crime*, es muy probable que dentro de tres o cuatro años Netflix compre los derechos y la serie comience justo en ese momento, la protagonista subiendo las escaleras del portal, aunque espera que los compre HBO, la verdad, porque siempre contrata mejores actores y si va a morir disuelta en ácido qué menos que la interprete Florence Pugh. Al final se había decidido porque la mujer que atendió el teléfono del anuncio parecía amable pero no complaciente, y de alguna manera eso le gustó, le gusta la gente que no trata de agradar por todos los medios porque eso es justamente lo que ella hace todo el rato, pero en realidad no está segura de si solo ha tratado de convencerse de que la mujer le había gustado porque la habitación es muy barata, el cerebro a veces te juega malas pasadas convenciéndote de cosas, a Clara eso le pasa todo el rato, una nunca puede fiarse de su propio cerebro.